

N.º 1

\$1.20

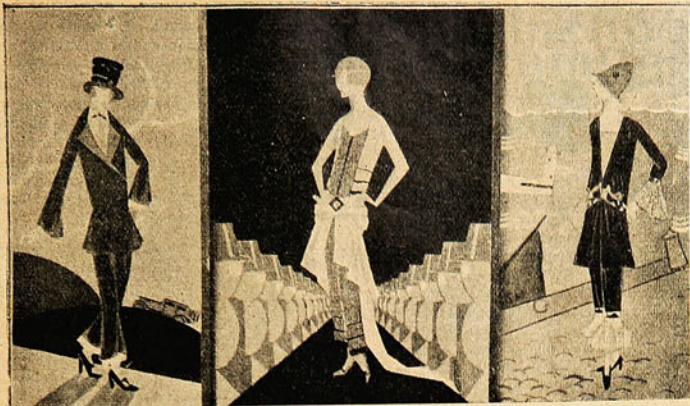


2
Para
Todos

M. R.

- 92 -

Es propiedad



Las tres damas que acabamos de ver...

UNA REVOLUCIÓN EN LA MODA FEMENINA

Por E. GOMEZ CARRILLO

MIENTRAS los hombres discuten teóricamente el problema del calzón corto, la mujer, sin decir una palabra, lo resuelve en la práctica. Porque sólo los que tienen ojos y no ven, son capaces de penetrar en el universo femenino de nuestros días, sin darse cuenta de que nos hallamos en vísperas de asistir al triunfo de una revolución, que a todos los tradicionistas les parecerá absurda, loca, casi criminal, y que, sin embargo, no es más que la consecuencia lógica de la moda de los cuellos cortos y de las faldas no menos cortas. ¿Qué era, en efecto, lo que en otras épocas hacía imposible que las partidarias de la *culotte* lograsen imponer sus ideas aún a los espíritus más libres? Pues, en primer lugar, el prejuicio de que, al enseñar las pantorrillas una mujer, cometía un pecado contra el recato. Luego, la falta de armonía que los artistas notaban entre una cabeza con su moño abundante y un atavío de pañuelo de opereta. Hoy, por breves que sean los pantalones que se adopten en definitiva, nada nuevo



O bien una gran dama, o bien una muchacha.



Ved a Sacha con su boina...

nos harán admirar. Y en cuanto a la *slueta*, difícil será hallarla más *garçonnière* que la de la mujer que se peina, según el figurín del día, con la nuca afeitada y las orejas libres de todo pelo.

Ya sé que, al oír esta noticia, muchos de mis lectores sentirán deseos de sonreír con dulce escepticismo. "La mujer con calzón corto?" — exclamarán. — No, no es eso posible fuera del music-hall y del circo. El buen gusto bastará para hacérselo comprender. Y si eso no bastara, la gente de la calle se encargaría de obligarlas a renunciar a sus fantasías, aplicándoles el correctivo de burlas que las locas desatadas merecen. Dejad, pues, que salgan las primeras, si se atreven. Despues no habrá ninguna que quiera exponerse a correr los mismos "peligros". Pero estas palabras, que me figuro oír en muchos labios, lo único que demuestran es que el hombre no conoce nunca a la mujer. Exponerse a las burlas? A mucho más se han expuesto las elegantes de Constantinopla para tener derecho a

TROUSSEAU MODERNOS

La línea recta de la silueta moderna exige que la ropa interior tenga una perfección de corte tan definitiva como puede tenerla el propio vestido. Una arruga en la camisa, unos calzones mal armados a la cintura, una combinación hecha de igualquier laya, pueden ser los causantes de que una figura femenina pierda su bella armonía.

Fuera del corte hay la elección de los materiales que cada vez se refina más, y así vemos ropa interior de linón de hilo, de espumilla de seda, de opal mercerizado y de opal de seda, de jersey de todas calidades y como adornos se ponen en primer lugar los sesgos de colores opuestos, unidos prolíjamente por puntos al aire hechos a mano, luego están las aplicaciones de encajes entre los cuales se usa de preferencia el de Venecia y el de Bruselas, después vienen los sesgos de tul sobre bordados y por último las cintas con las cuales se confeccionan adornos muy caprichosos.

No sólo en la ropa personal se nota este refinamiento: la ropa destinada a la casa sufre la influencia de las modas, y así vemos las mantelerías en linón de color con aplicaciones de tonos diferentes. Para el lunch y el té son inapreciables y de una elegancia refinada, siempre que sus colores se combinen con el de las porcelanas que decoren la mesa y con las flores.

Para las comidas de mayor etiqueta, y aún para las comidas en general, el mantel de color blanco en tela de hilo lisa o en granito, es siempre el predilecto. Las aplicaciones de filet, los cuadros bordados al realce o en bordado inglés, hacen de estas piezas verdaderas obras artísticas.

Todos estos componentes del *trousseau* moderno se encuentran en la Casa

El Rimassa y Cia
ANTIAGO

CLARAS, 270.
(esquina Huérfanos).

Casilla 2696.
Teléfono 4017.

que siempre se ha distinguido por la fina ejecución, la originalidad de sus modelos y la óptima calidad de sus materiales.

consultorio sentimental



P.—Soy viuda y entre los escasos amigos que llegan a mi casa, hay un señor que me demuestra desde hace varios años, un amor abnegadísimo. Yo sólo siento por él amistad y agradecimiento. Además, estoy enamorada de un hombre joven que tal vez me quiere menos y a quien yo amo con pasión. A sabiendas de que yo jamás podré corresponder al amor del hombre maduro, nunca me he resuelto tampoco a prescindir de su amistad. ¿Hago mal en ello? ¿Se trataría en mí de una coquetería reprobable? Yo creo que no y que es el temor a hacerlo padecer, lo que me impide a despedirlo. ¿Qué le parece a usted? —ELISA.

R.—Depende, depende. Si usted supone que alejando de usted a ese caballero él la olvidaría, constituye de su parte un egoísmo retorcido, si no se encuentra capaz de pazale en la misma moneda de amor. Si la vida privada de ese señor es triste, y él está contento con lo poco que obtiene de usted, aunque esté seguro de no avanzar nunca en su cariño, de su parte consideración piadosa el continuar favoreciéndolo con su amistad. Estúdiase a sí misma y asegúrese usted de que no se deja llevar por un egoísmo reprobable y de una coquetería más reprobable aún, para retener una voluntad que siempre resulta preciosa por los beneficios (morales) que puede reportar en cada momento.

**

P.—Estoy de novia, además estoy segura de que mi novio me adora. Estamos para casarnos en poco tiempo más, y he venido a saber ahora últimamente que mi novio tiene una

querida con la cual vive hace ocho años. No tiene hijos de esta mujer y da lo largo de sus relaciones y el ningún interés que la mujer tiene, es de suponer que está cansado con ella. Lógicamente no puede inspirarme el caso celos de amor. Hay, sin embargo, quien me asegura que debo alejar a mi novio, romper con él, en consideración a esta desgraciada. Yo dudo que sea tal mi obligación, porque considero que para evitar el sufrimiento de una sola persona (la querida) acarearía el sufrimiento de dos: (mi novio y yo). —PAQUITA.

R.—También tiene el caso su novio y su contra, señorita. Evidentemente, sería mucho pedir a usted que se sacrificara hasta ese extremo y que hasta ese extremo también sacrificara la felicidad de su novio. El problema más que para usted, es para su novio que no dejará de ver en estos momentos, el gran trastorno que ocasiona a los jóvenes el atarse con lazos de esa especie fuera del matrimonio. El es el que tendrá que resolver algo para indemnizar a la compañera de tantos años. De todos modos felicitamos a usted por su criterio seguro, y por su clemencia de celos revolucionarios.

P.—Me pretendo un joven, señor. A mí me gusta mucho, y mi mamá se opone a mi matrimonio sin otra razón que la de que mi novio es muy celoso. Dice que ella fué martir de mi padre por esta razón, y que los celos, cuando lo son, proceden por temperamento, aunque la mujer no les dé el menor motivo de celos. ¿Tiene razón mi madre? ¿Pueden hacerme los celos desgraciada, aunque el novio tenga otras cualidades buenas? Yo he oido decir que, por el contrario, los celos son un homenaje. —MARIA.

R.—Su madre tiene razón, señorita, y uno de los más graves defectos que puede tener un marido, son los celos. Los celos implican desde luego, gravísimas fallas morales, desde luego, egoísmo y falta de delicadeza. Los celos son un homenaje sólo cuando son simulados o implican una galantería, nunca cuando son sinceros y sin causa. Los hombres celosos son, como dice su madre, en todo momento y lugar, con causa y sin ella. Jamás se corrigen de su defecto, que no es otra cosa que un sentido insolente de propiedad. Si no lo ama mucho, señorita, renuncie al novio celoso, y decimos si no lo ama mucho, porque en caso contrario, no atenderá usted nuestro consejo...

Toda correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma: Dirección de "Para Todos". (Sección Consultorio Sentimental). Casilla 3518.

SANTIAGO.

UNA REVOLUCIÓN EN LA MODA FEMENINA

suorimir la tiranía de charchaf. Se han puesto a ser maltratadas, a ser lapidadas, a ser asesinadas. Sin embargo, ni un momento han dejado de seguir adelante, llenas de entusiasmo. Y es que nuestras hermanas son menos tímidas que nosotros y no tienen miedo ni de la muerte ni del ridículo, que son los dos grandes espantajos de los que creen encarnar el sexo fuerte. Recordad lo que pasó en tiempos del Directorio, cuando los médicos de París hicieron publicar por todas partes que la moda de los trajes transparentes causaba hematomas durante el invierno. Ni una sola maravillosa dejó de salir vestida de nubes de gasa, a pesar de las lágrimas que las damas serias o de los consejos de los caballeros sensatos. Y para saber hasta dónde llegó el desdén del ridículo en la mujer, la historia de la crinolina basta.

Además, ¿a qué discutir lo indiscutible?

Los que dicen que las mujeres no se atreverán, no saben lo que pasa en el mundo de las elegancias. Ya se han atrevido. Ya la damas con calzón corto no es un paíe, de revisión, ni una amazona de alta escuela, sino una dama, como muchas otras, en los salones, en los paseos, en los dancing, en los té, en los teatros, en la calle misma. Sí, señores: en la calle. Y si no la habéis visto, es porque todavía no ha llegado el momento en que el hacha de las transfiguraciones ouiere que el rey Sharivier, que duerme en todos los cerebros masculinos, abra los ojos ante la evidencia. Creéis, acaso, que visteis a las que se corraron el pelo en los primeros tiempos del gran holocausto? No. Antes de adoptar el tocado a la garçonne, que hasta los ciegos des cubren, hubo mil matices de ensayo, de afeitación, mejor dicho, que ni siquiera fueron descubiertos por los novios, que son, sin embargo, los que mejor observan a las bellas. El sombrero era el cómplice de las conspiradoras. Y, poco a poco, los lindos bueles iban cayendo, a medida que los hombres se iban acostumbrando a resignarse. Con los calzoncillos cortos pasa lo mismo ahora. Las faldillas de sports, de viaje y de auto, comienzan a hacer tiempo a acostumbrarnos a la nue-

va silueta. Ved a Sacha con su boina estilizada y a Zaliovk con su bastón. Luego, ya más radical, aunque no menos discutido, arecio la excursionista. Al aparecerse de su coche, sólo se veía su cabeza de muchacho, su pechera blanca y su corbata algo bohemia. Lo demás lo ocultaba un abrigo de pieles. Pero en cuanto era preciso desabrochar el abrigo, veíase los calzoncillos bajo una especie de faldón, que el menor soplo de aire movía. Lo más difícil era hacer pasar de esos atavíos campeones a la toilette de ville la prenda revolucionaria. ¡Cómo llevar un pantaloncito de lo que medía llamarse la época de la revolución, sin incurrir en las amargas quejas del esposo tímido o de la madre austera! Una ostentosa variación de las que se usan en el Brice de Boulogne como si estuvieran en una palaciega galería, dijo a su modista:

—Yo atravesaré los Campos Elíseos con ese traje illico tan mono que tiene calzoncillos atados por cintas de oro...

—Usted sola?

—Con mi perro.

Y desde entonces, ya no es una. Son muchas las que, sin que a los distraídos transeúntes les choque, van por entre los jardines de la gran ciudad vestidas de muchachos. De allí a lo que se llama el traje habillé, no habrá más que un paso fácil de franquizar. En los salones, en efecto, todo lo nuevo, por nuevo que sea, gusta. ¡Qué algunas damas del siglo XIX murmuran! Poco importa. Otras, en cambio, envidian. Y otras admiran. Así, vemos a menudo figurines en los que, o bien se nos presenta una muchacha con una túnica de fino paño y faldón que de la ver su pantaloncillo en las tertulias de tarde, o bien una gran dama que, entre los volantes algo cubistas de su toilette de soirée, esconde mal un pantaloncillo de terciopelo negro, de corte ancho y flotante, igual una falda cortada por medio... ¡Os escandaliza todo esto! Decís que la mujer va perdiendo poco a poco, por culpa de estas novedades diabólicas, lo que constitúa su verdadero encanto... Permitidme que, aún a

riesgo de hacerme pasar por inmoralista, os asegure que os equivocáis, y que ni los cabelleros cortos, ni las pantorrillas al aire, ni los calzoncillos de paje, cambian para nada lo que es la divina esencia de la feminidad. Vestidla como queráis, ioh! modistos todopoderosos, y siempre, en el fondo, la mujer será la mujer, con su sensibilidad, con su sutileza, con su ternura, con su fervor, con su coquetería, con su gracia, con su misterio... ¡Ah!, y también con su pudor. Es absurdo, en efecto, creer que, porque las pragmáticas de la moda ordenan que se enseñen las rodillas y las pantorrillas, nuestras contemporáneas sean menos recatadas que sus abuelas. Esas abuelas, precisamente, nos han dejado imágenes en las que el escote no tiene nada que envidiar al de las damas de los teatros de variétés. Y las abuelas de esas abuelas eran las que, en tiempos de Barrés, llevaban las faldas abiertas hasta la cadera, cuando iban a los bailes del Directorio. Lo importante para que la feminidad no periclite, no es el traje, sino las ideas de igualdad de los sexos y de trabajo hombruno. Tal vez vais a creer que os digo una herejía, pero estoy convencido de que para el porvenir del alma de nuestras hermanas, más peligroso es el ejemplo de una madame Curie, que el de mil bellas Oteros o mil Lianas de Pougy. Vestidita con una blusa de estudiante y con un pantaloncillo de terciopelo blanco, que se ve a cada verso que da entre los faldones de su jupé de lantau, la muchacha que lee a Verlaine es más mujer que la niña que se trae en su señora mamá y que lee libros de medicina experimental, u otros tratados de los que hasta ahora le estuvieron vedados.

Y después de todo, como dice madame De launay Mardrus, il n'y a rien à faire contre les grands rythmes qui nous menent malgré nous. Nada, nada... Tan nada, que si mañana las bellas ouieren ataviarse como las tres damas que acabamos de ver en un figurín de Manuel, todos acabaremos por encontrar que así están deliciosas.

E. GOMEZ CARRILLO.